

WASHINGTON, PARÍS Y EL IMPERIO MEXICANO

José FUENTES MARES

EL 3 DE ABRIL DE 1865, con la rendición de Richmond, capital de los Estados Confederados de América, se desvanecía la última esperanza del Imperio mexicano, ya no por los graves aprietos domésticos cuanto por la amenaza exterior que le caía encima. Que los Estados Unidos no permitirían el establecimiento de un trono en América era cosa obvia, y más todavía cuando el sostenimiento de ese trono reclamaba el auxilio de potencias europeas. El gobierno de Washington toleraba los regímenes coloniales *existentes* —la dominación española en Cuba, particularmente—, pero sólo mientras llegaba la ocasión de eliminarlos. Era un campo en el que Jefferson sentó normas definitivas: dejar en paz a las colonias españolas mientras la joven Unión alcanzaba la mayoría de edad. El famoso estadista rechazaba la posibilidad de que alguna otra potencia, europea por supuesto, reclamara la herencia de la vieja nación colonizadora. España, al fin, iba de salida, y suponer que Francia pudiera suplantarla iba contra la dialéctica de los acontecimientos. Entre los planes de Francia y la debilidad de España estaban ellos. Los Estados Unidos, escribió Jefferson, serán “el nido de donde salgan los polluelos encargados de poblar América”. ¿Sabían eso Napoleón y Maximiliano?

Es dudoso que lo supieran, pero pudieron imaginarlo por lo menos. Napoleón, concretamente, no tenía derecho a esron señalarle riesgos, y trazarle una conducta consonante. No cudarse en la ignorancia cuando tantos antecedentes debiese firmaba todavía la Convención de Londres, para intervenir en México, y ya los Estados Unidos puntualizaban una serie de advertencias inequívocas. El 24 de septiembre de 1861 se dirigió el secretario de Estado a Mr. Adams, ministro

en Londres, para que notificara a Lord Russell "la profunda preocupación" del gobierno americano por los preparativos de guerra que, en Europa, se hacían para emprender la expedición mexicana". Mientras, William H. Dayton, ministro en París, hablaba con Thouvenel el 27 de ese mes, y expresaba los temores de Washington en el sentido de que México pudiera perder su independencia, a resultas de la acción que Francia, España e Inglaterra proyectaban.¹

En Madrid, por último, las palabras del ministro americano a Calderón Collantes, secretario de Estado, distaban de ser modelo de buenas maneras: "El Gobierno de los Estados Unidos —le dijo—, confía que ninguna potencia amiga introducirá cambios importantes en un país contiguo a los Estados Unidos, sin previa consulta con el gobierno de Washington".² Napoleón se encontraba al corriente de la actitud de Washington antes de que en Londres se firmara la famosa Convención para intervenir en México, y por eso, cuando al discutir el anteproyecto propusieron los ingleses que se invitara al gobierno americano para que se sumara a la expedición, Napoleón apoyó la idea, que pasó al texto definitivo de la Convención del 31 de octubre. Aquí, en el artículo IV, se dijo que las Altas partes contratantes, deseando que las medidas que adoptaban "no tuvieran un carácter exclusivo", y sabiendo, además, "que los Estados Unidos tenían reclamaciones qué hacer valer" en contra de la República de México, se les enviaría una copia de la Convención para que se unieran al pacto y a la empresa misma, aunque por otro lado, y bajo la presión de las circunstancias, no pudieran, en espera de la respuesta americana, retardar las operaciones militares.³ Así creyó resolver su problema Napoleón. Corría la caravana de acuerdo con los ingleses, y que después aceptaran o no la invitación en Washington era algo que le tenía sin cuidado. Suponía que con buenos modales contendría la amenaza del monroísmo, y se entregó a lo suyo, pensando que lo demás era cosa de los demás.

Pero a los señores Lincoln y Seward no se les resolvía el problema de ese modo. Bajo el apremio de su conflicto doméstico no podían esgrimir la doctrina Monroe, pero tam-

poco iban a dejarse atar por una Convención que amenazaba sus intereses continentales. De momento Mr. Seward agradeció el cumplido, pero poco después, el 4 de diciembre, se dirigió a los ministros de Inglaterra, Francia y España, en términos que dejaban en el aire los sueños del Emperador de los franceses.

En cuanto a la invitación consignada en el artículo iv de la Convención, el Gobierno de los Estados Unidos prefiere mantener su tradicional política exterior, contraria a la celebración de alianzas con otras naciones, máxime que dicha invitación se dirige contra México, profundamente perturbado tanto por la lucha de las facciones, en lo interior, como por la guerra que tendrá que sostener contra las naciones extranjeras.⁴

Washington no se encontraba interesado en los beneficios de la Convención de Londres. Las últimas palabras de Seward, tan paternales, rechazaban la idea de aliarse con tres naciones para recoger los frutos de su propio huerto. Del huerto que Jefferson destinara a "los polluelos" que poblarían América.

Entre septiembre y diciembre de 1861 se redujo el gobierno de Washington a definir los campos. Bajo los efectos de su guerra civil, iniciada apenas, y no por cierto en ritmo favorable a los intereses de la Unión, Lincoln y Seward sólo señalaban principios y definían posiciones, en espera de que los sucesos domésticos les dejaran libertad de acción. Adoptaban la espera vigilante en 1861 porque no podían hacer otra cosa, pero Napoleón, en cambio, sí pudo hacer más: simplemente actuar, mientras los Estados Unidos se veían forzados a esperar. Napoleón pudo y debió reconocer al gobierno de los Estados Confederados, máxime que, hasta su gabinete, le llevaron la oportunidad de vender el reconocimiento al precio que le viniera en gana, incluyendo en él la colaboración confederada para asegurar el éxito de la empresa mexicana. Pero no lo hizo, y además dio con la puerta en las narices a los enviados del Sur, mientras en México rompía con Inglaterra y España, y mientras, en las Tullerías, Mr. Dayton reiteraba la posición de su Gobierno:

El Presidente considera su deber manifestar... que ningún gobierno monárquico que pudiera establecerse en México, en presencia de barcos y ejércitos extranjeros, podrá gozar de viabilidad alguna, en cuanto a su permanencia.⁵

En Washington no podían hacer más, cuando su propia existencia andaba en juego, y no era juicioso enredarse en problemas internacionales. Pero echaban los cimientos que resistieran más tarde la construcción entera: el gobierno y el pueblo de la Unión transigían con la Intervención, mientras los europeos llevaran a México reclamaciones sobre pesos y centavos. Pero nada de política. Nada de interferir en cuestiones internas del país, tocantes a su integridad territorial o a su forma de gobierno. Es lo que podía hacer de momento William H. Seward, el gran maestro de la obra: reunir los testimonios oficiales indispensables para probar, en su oportunidad, que la Intervención europea no podía rebasar las reclamaciones económicas. Era poco en apariencia; mucho en cuanto a sus alcances futuros. Ni una sola vez mencionó el nombre del presidente Monroe, ni menos todavía su célebre Mensaje del 23 de diciembre de 1823. Pero sin aludir al monroísmo colocaba la primera piedra: nada de política; manos fuera.⁶ El día que terminara la guerra civil, habría tiempo para traer a cuento a Jefferson, a Monroe, y al cuantioso ejército que tendrían sobre las armas.

Napoleón colaboraba inconscientemente con los planes de Washington, y el 3 de julio de 1862 tuvo la ingenuidad de declarar sus intenciones. Su carta de esa fecha, al general Forey, revela hasta dónde puede llegar un hombre cuando piensa con la cabeza del fémur izquierdo.

No faltarán personas que pregunten a Ud., por qué vamos a gastar hombres y dinero en colocar a un príncipe austríaco sobre un trono.

Dado el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a Europa, porque alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la república de los Estados Unidos sea poderosa y próspera, pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el golfo de México, domine desde allí las Antillas y la América del Sur, o sea la sola dispensadora de los productos del Nuevo

Mundo. Dueña de México, y por consiguiente de la América Central y del paso entre dos mares, no habría ya más potencia en América que los Estados Unidos. Antes al contrario, si un gobierno estable llega a constituirse con las armas de Francia, habremos puesto un dique al desbordamiento de los Estados Unidos...⁷

Decía todo lo que no debió decir sin reconocer, ese mismo día, la independencia de los Estados Confederados de América. Pero lo dijo, permitió además que se publicara, y el texto de la carta a Forey cayó como bomba lo mismo en Washington y en Richmond que en París. Slidell, el Agente confederado en Francia, fue inmediatamente a ver a Thouvenel y, aún sin instrucciones de su gobierno, trató de capitalizar la situación en beneficio de su causa. Seguro de cuál había de ser el lado flaco de Napoleón, el 21 de julio puntualizó que los Estados Confederados de América, ajenos al "espíritu de proselitismo que tan poderosamente caracteriza al pueblo" del que acababan de separarse, "no veían con malos ojos la expedición de México".⁸ Slidell pensaba que era el momento para que el Emperador, al cotejar ambas actitudes, pudiera actuar en consecuencia. Si Washington persistía en la enemistad, mientras Richmond ofrecía apoyo y alianza, era lógico que Napoleón tratara con éstos a despecho del disgusto de aquéllos. Se hallaba en la dorada coyuntura por lo demás, ya que los acontecimientos militares apuntaban hacia la victoria del Sur, pero el hombre de las Tullerías cerró de nuevo los ojos a la evidencia, como si en México no anduviera de por medio buena parte de su futuro.

En octubre del mismo año, cuando el rey de Bélgica solicitó su apoyo para recibir a los Estados Confederados de América en la familia de las naciones, Napoleón, preocupado seguramente por el riesgo prusiano, salió de nuevo por la tangente. Temía tal vez una larga campaña mexicana, y no quería enfrentarse abiertamente a Washington, en cuyo apoyo confiaba "para obtener los elementos de vida destinados a sus ejércitos en México",⁹ aunque por otra parte corría ciertas atenciones a los confederados, cuyas esperanzas

cultivaba bajo cuerda.¹⁰ Y así hasta el día que ocuparon la ciudad de México los soldados de Forey, y principió a funcionar la Regencia del Imperio. La instalación de la Regencia, y la marcha de Juárez hacia el Norte, eran hechos que reclamaban una nueva consideración del problema mexicano, sobre todo por quien se encontraba expuesto a sus resultados. Así opinaba Mason, el enviado confederado en Londres.

Tan pronto como el Imperio en México llegue a ser un hecho consumado —escribió a Judah P. Benjamín—, o antes todavía, en el momento en que dicho Imperio aparezca cosa resuelta apoyada por Francia, tendrán que surgir relaciones nada amistosas entre este país y los Estados Unidos. No sabemos cuál sea la forma que dichas relaciones adopten inicialmente, pero son indudables los beneficios que por ese concepto recibiremos.¹¹

La significación política del establecimiento de un gobierno mexicano, bajo la protección de Napoleón, era obvia para todo el mundo salvo para el protector mismo. En Monterrey se hallaba Mr. Quintero, el enviado confederado cerca del gobernador Vidaurri, y hasta él llegó un tal Vigneau, agente confidencial de Almonte, quien expresó “la disposición amistosa del nuevo Gobierno de México hacia los Estados Confederados”, y agregó que el mismo Almonte había sugerido a Napoleón “la conveniencia de reconocer desde luego nuestra independencia”. Fue más lejos todavía el hijo de Morelos, ya que aseguró a Quintero, siempre por medio de Vigneau, que el emperador Maximiliano efectuaría, a su llegada, el reconocimiento de los Estados Confederados de América.¹²

El 7 de enero de 1864, y sin tomar las precauciones que la prudencia aconsejaba, Judah P. Benjamín dirigió al general William Preston instrucciones para una misión oficial en la capital mexicana. “Es conveniente informarle —decía—, *que bajo los efectos de una invitación formal de la Regencia*, que provisionalmente gobierna esa nación hasta la llegada del nuevo Soberano, el Presidente ha determinado enviar un Ministro a México...”¹³ Todavía no sabían en Richmond hasta dónde era inútil entenderse con Almonte, y aún con el mismo Fernando Maximiliano, cuando lo que importaba

era introducir un rayo de luz en el cerebro de Napoleón. Eso fue lo que nunca consiguieron los agentes confederados, de modo que cuando el futuro Emperador de México llegó a París, en los primeros días de marzo, los acontecimientos culminaron en el más terrible desengaño.

Fernando Maximiliano estuvo en París entre el 5 y el 12 de marzo de 1864, a ultimar los detalles de su aceptación de la Corona mexicana, y Slidell, que allí residía, se valió de Gutiérrez Estrada para gestionar una entrevista. El Agente se prometía un éxito lisonjero, ya que conocía la inclinación de Gutiérrez por la causa del Sur, y a su través tenía noticias de la parecida simpatía de Maximiliano. Pero corrían los días, y no se le llamaba. Temeroso ya, pues se aproximaba el momento en que el Archiduque saldría para Viena, Slidell volvió a la carga, ahora en gestión personal ante el secretario del Príncipe, pero tampoco tuvo respuesta.¹⁴ Primero atribuyó el desaire al hecho de que M. Mercier, antiguo ministro de Francia en Washington, recién llegado a París, pudiera haber dicho a Maximiliano algo sobre una conversación que tuvo con Lincoln, y en la cual dijo el presidente que reconocería al gobierno imperial de México bajo la condición de que dicho gobierno no iniciara gestiones, de ninguna clase, tendientes al reconocimiento de los Estados Confederados,¹⁵ pero al siguiente día supo Slidell que el archiduque partió sin hablar con Mercier. ¿Entonces?

Entonces Napoleón, por supuesto. Ni Mercier habló con el archiduque, ni significaban poco ni mucho las opiniones de Gutiérrez Estrada o la buena voluntad de Maximiliano. En Richmond, Judah P. Benjamín tenía ya una idea correcta de las cosas, y con la amarga convicción de la "falta de sagacidad" de la política napoleónica, se daba por vencido. Reconocía, en suma, que el archiduque estaba bajo la influencia de Napoleón, y Napoleón bajo la de William H. Seward.¹⁶ En esos términos escribió a Mr. Preston, a La Habana, indicándole que el emperador Maximiliano pospondría toda relación con los Agentes Confederados, hasta recibir respuesta de Washington a sus gestiones (overtures) de reconocimiento.¹⁷

Al fin comprendían en Richmond la mala fe de Napoleón, y sobre todo su tontería. Su mala fe porque no vaciló “en romper las promesas que nos tenía hechas”, y su tontería por no ver que la seguridad del nuevo Imperio dependía “de nuestro éxito, al interponer una barrera entre la agresión nortea y el territorio de México”.¹⁸ Pero ni en París, donde la supervivencia de los Estados Confederados debió interesar crucialmente, ni en Londres, donde el problema les afectaba de rondón, adoptaron el consejo de la lógica y la experiencia. Si los Estados Unidos eran enemigos de ambos imperia- lismos políticos y mercantiles, hasta un retrasado mental habría acariciado la ilusión de desunirlos. Los Estados *des- unidos* de América tenían que ser el ideal político de Euro- pa, máxime cuando, entre 1861 y 1862, se les ofreció la desunión en bandeja de plata. En ese momento les tenían desunidos por obra de sí mismos, sin colaboraciones extra- ñas, y toda la lógica que pueda caber en la política aconse- jaba fomentar la desunión, y aprovecharla. En vez de eso los ingleses se encogieron de hombros, y Napoleón adoptó actitudes esquizofrénicas, como la de pretender intervenir en el conflicto, como componedor amigable. Sólo que ni los beligerantes le permitieron desempeñar ese papel, ni tam- poco aprovechó para sus fines la oportunidad dorada. Cortó al fin toda relación con Slidell, se convirtió en observa- dor neutral de las batallas donde se ventilaban sus intere- ses, y así vio cómo se pelearon Bull Run, Gettysburg y Ap- pomottox.

Judah P. Benjamin, el gran político del Sur, puntuali- zaba lleno de amargura: “He dicho que estamos peleando las batallas de Francia e Inglaterra, y no necesita pensarse mucho para llegar a esa conclusión”.¹⁹

No era preciso ser un genio para concluir que en Appo- mottox, al desplomarse la última esperanza confederada, se resolvía igualmente la suerte del Imperio mexicano. Tal cosa pensaba Benjamín el 27 de diciembre de 1864.

Lo pensaba y escribía el 27, la víspera de los Santos Ino- centes.

ALGUNOS MESES CORRIERON entre Appomattox y la adopción, en Washington, de medidas radicales. Mientras, iban y venían emisarios del Sur, empeñados en lograr, para millares de vencidos, la oportunidad de cruzar el río Grande, en busca de tierras que colonizar, o de un puesto entre los soldados del Imperio.²⁰ Eran días de dolor en el inmenso territorio que se extiende entre el Potomac, los montes Apalaches, Nuevo México, el río Grande y California. Vagabundos, dueños de raído uniforme y de alguna pistola, llegaban hasta la frontera. No soportaban su "Homeland" vencido y vacío, sin sus dogmas sociales y su antiguo sentido de la vida. Tanto caló entonces el odio —porque a nadie se odia con más fuerza que a quien acaba con ilusiones e impone dogmas enemigos—, que dura todavía, con hombres y mujeres atormentados por la derrota y las represalias, como aquella marcha de la muerte que regó con lágrimas el camino del general Sherman hasta el mar. Era un ambiente tenso, en el que pareció lógico el asesinato del presidente Lincoln, en el Teatro Ford de Washington, y el atentado contra Seward, en su propia casa, donde le dejaron por muerto. El Norte se llenó de luto vivo, del que se comunica y circula sin esfuerzo, llevado por el dolor de la gente, y llegó a Chihuahua, capital de la República de México, donde la bandera estuvo a media asta en homenaje al gigante caído. Pero el atentado no iba a modificar el curso de la historia. Abrió apenas un compás de espera, en la política exterior sobre todo, mientras el país y Mr. Seward restañaban sus heridas.

Unos meses antes de que la guerra concluyera, al perfilarse como cosa hecha la victoria de la Unión, Seward había trazado ciertas normas para los diplomáticos americanos en Europa, respecto del ya inminente Imperio mexicano. Entre marzo y noviembre de 1862 se dirigió a Karner, ministro en España, a Motley, ministro de Austria, a Wood, ministro en Dinamarca, entre otros. En Copenhague, por ejemplo, Wood, había tenido la ligereza de visitar al enviado mexicano imperial acreditado en Rusia y los países nórdicos. Este hecho, al igual que los problemas que planteara Karner, sobre su conducta en el caso de que Fernando Maximiliano

visitara Madrid durante su viaje a México, proporcionó al secretario de Estado la ocasión de reiterar la conducta de los Estados Unidos para con el Imperio mexicano: por mantener relaciones con el gobierno de Juárez, el de los Estados Unidos no reconocería la existencia de ningún otro "gobierno revolucionario", establecido al margen y contra la autoridad de aquel.

Al terminar la guerra, consumado el atentado en el Teatro Ford, Fernando Maximiliano daba todavía rienda suelta a su optimismo, y soñaba en capitalizar la derrota del Sur, al valorase en Washington tanto la neutralidad que guardó durante la contienda, como el hecho de no haber prestado oídos a los emisarios de Richmond.²¹ Entonces resolvió enviar a los Estados Unidos al general Almonte y a Joaquín Degollado, seguro de que el presidente Johnson, al tanto de sus ideas liberales, habría "depuesto sus prevenciones",²² pero a la vez, fiel a su costumbre de encender una vela a Dios y otra al diablo, mandaba al general Robles a negociar con el general Slaughter las condiciones para recibir, en México, a los remanentes del ejército del Sur. El Emperador se proponía sacar a un tiempo ventajas de vencedores y vencidos, y de paso quitarse de encima a Almonte, que le estorbaba ya. Era un "exilio honroso" para el viejo gestor del Imperio, y el Emperador tuvo la debilidad de confesarlo al ministro de Francia, quien, lejos de aplaudir la medida, encontró que se alejaba así de la capital, en forma poco honrosa, "a los dos únicos y verdaderos partidarios de nuestra Intervención y del Imperio".²³

El marqués de Montholon, antiguo ministro en México, acreditado ya en Washington, cargaba con buena parte de la responsabilidad en el optimismo de Fernando Maximiliano. Montholon estaba convencido de que el gobierno de los Estados Unidos reconocería al Imperio mexicano antes de seis meses,²⁴ y ni siquiera los sucesos de Matamoros y Brownsville, donde autoridades civiles y militares de los Estados Unidos instalaron centros de conspiración y propaganda en favor de Juárez, lograron mermar sus esperanzas. Todavía sugirió que se destinaran mil pesos mensuales para "modifi-

car” el lenguaje de la prensa americana, desfavorable al Imperio,²⁵ pues suponía que el gobierno se encontraba inclinado a mantener su neutralidad, e impedir el reclutamiento de “inmigrantes” destinados al servicio de la República, pero una vez que D. Joaquín Degollado se presentó en Washington con una carta de Maximiliano para el presidente Johnson, y que éste no se dignó recibir la carta ni menos al emisario,^{26 27} se vio obligado a modificar sus convicciones. Su confianza en la neutralidad de los Estados Unidos se desplomó por fin. Pero aún así ignoraba que todos —él, Danó y el emperador Maximiliano— jugaban a la gallina ciega, porque donde el optimismo había naufragado ya era en la Corte de las Tullerías.

Primero el 17 de agosto, y luego el 10 de septiembre de 1865, Drouyn de Lhuys indicó a Montholon que el gobierno del Emperador deseaba, “con la mayor sinceridad” la llegada del día en que “el último soldado francés” pudiera abandonar el territorio mexicano, fin para el cual esperaba Napoleón la colaboración americana,²⁸ pero fue un mes después, el 18 de octubre, cuando el Emperador confió a su ministro en Washington la misión de convencer a Johnson de que su gobierno podría contribuir a “apresurar el momento” de que abandonara México el último de sus soldados, *garantizando* tan solo que no se pretendía “entorpecer” el nuevo orden de cosas:

Y la mejor garantía de sus intenciones, que pudiera darnos, sería el reconocimiento del emperador Maximiliano por el gobierno federal.²⁹

¿Cómo pudo suponer Luis Napoleón que si durante casi cuatro años se negó Washington a dar su espaldarazo al estado de cosas existente en México, iba a hacer eso ahora, en 1865? ¿Cómo pudo imaginar que si, con el agua al cuello, los Estados Unidos rehusaron dar las seguridades que pretendía, las iba a conseguir cuando estaban a flote? Misterio. Cerrado misterio. La garantía que Napoleón buscaba habría sido probable tres años antes, cuando el conflicto doméstico se inclinaba hacia la victoria del Sur, pero enton-

ces, en vez de echar su espada sobre uno de los platillos, para cortar por lo sano y ponerse a salvo de futuros riesgos, le dio por ser árbitro entre los beligerantes. Equivocó el procedimiento, y perdió la jugada, pero querer ahora capitalizar su error, y obtener garantías para salir del atolladero, era razonar como un zulú. Pretendía una garantía para retirarse. Una garantía de quien, con sólo proponérselo, podría echar de México en seis meses a todos sus soldados y generales, con Maximiliano y los suyos por añadidura.

El proyecto de Luis Napoleón se comunicó al mismo tiempo a Bazaine, que le opuso objeciones débiles, fincadas, sobre todo, en el hecho de que por carecer el Imperio de "raíces muy profundas" podría resultar peligroso dejar abierta la puerta a la influencia americana, salvo en el caso de que se diesen "garantías muy serias" previas al retiro de las fuerzas.³⁰ Las garantías que el mariscal reclamaba eran aproximadamente las que Drouyn tenía en mente cuando envió a Washington su nota del 18 de octubre. Pero la respuesta de Seward, el 6 de diciembre, disipó las esperanzas. Lamentaba, para principiar, que la idea del Emperador de los franceses resultara "impracticable del todo", pues aún reconociendo el derecho de las naciones soberanas "para hacerse la guerra unas a otras", no podía perderse de vista que el reconocimiento de tal derecho dependía de que no se invadiera "nuestro derecho, o se amenace nuestra seguridad o justa influencia". El punto fundamental de queja radicaba no en el hecho de que el ejército francés se encontrara en México, sino en el de haber arruinado un gobierno republicano "con el que los Estados Unidos simpatizan muy profundamente", para instalar en su lugar una "monarquía extranjera", considerada por los Estados Unidos como injuriosa y amenazadora.³¹

Después de cuatro años de abstinencia, la madre de los poliuuelos mostraba las poderosas garras. La balanza del poder en América, inestable durante la guerra civil, recuperaba su equilibrio, o mejor dicho su desequilibrio permanente. Faltaba poco también para que en Europa la tal balanza resultara menos que una frase. Los prusianos la

pondrán en peligro en Sadowa, al vencer a los austríacos, y la reducirían a la nada en Sedan y en Metz. Napoleón quiso adelantarse a los acontecimientos aplicando remedios caseros y tardíos, y por lo pronto jugó una carta de árbitro en los asuntos americanos. De un extraño árbitro con la cola entre las piernas. Como si no existieran Seward y la doctrina Monroe.

Ésta, la doctrina Monroe, fue la respuesta que dio Washington a su desafortunado intento. En las ideas fundamentales de la nota del 6 de diciembre campeaba la figura del famoso presidente de los Estados Unidos. No tienen desperdicio las palabras de Seward, resonancias del Mensaje del 2 de diciembre de 1823.

Tan injusto como imprudente sería, por parte de los Estados Unidos, tratar de destruir los gobiernos monárquicos de Europa, para reemplazarlos por repúblicas, como nos parece injusto que los gobiernos europeos intervengan en América para reemplazar, con monarquías e imperios, los regímenes republicanos.³²

La publicación, en México, del decreto del 3 de octubre de 1865 vino a empeorar una situación grave de suyo. Apenas enterado Seward del famoso Decreto, instruyó al ministro de los Estados Unidos en Francia para que, por órdenes del presidente "llamara la atención del gobierno francés, con la mayor seriedad" por causa de los "procedimientos militares" que se adoptaban en México, y en virtud de los cuales se negaba a los mexicanos, "en armas en defensa de su propio gobierno republicano", los derechos consagrados internacionalmente en beneficio de los prisioneros de guerra.³³ Y el 30 de noviembre, enterado ya del fusilamiento de Arteaga y Salazar en Santa Ana Amatlán, escribió a París nuevamente:

Otra vez debo encargaros que llaméis la atención al Gobierno imperial... Si después resultaren ciertos esos hechos, como hay muchos motivos para creerlo, no dudamos que el Gobierno de Francia jamás autorizará procedimientos que tanto repugnan a los sentimientos de la civilización moderna, y a los instintos de la Humanidad.³⁴

A esas alturas, por supuesto, Napoleón y su ministro de Negocios Extranjeros estaban hasta la coronilla. "Nosotros no somos el gobierno de México, respondió Drouyn cuando Bigelow le comunicó la protesta de Seward; nos haceis mucha honra en tratarnos como si fuésemos. ¿Por qué no ocurrís al presidente Juárez?"³⁵ Era ciertamente un rapto que nada bueno auguraba, ya que no sólo llamaba a Juárez "presidente", sino que además daba a Washington carta blanca en los asuntos mexicanos. "No puede hacerse una declaración más amplia —pensaba Romero—; y ella autorizaría este gobierno a enviar un ejército a derrocar a Maximiliano."³⁶ Que el barco imperial se hundía en México era claro, y lo era también que los franceses buscaban sólo una salida de emergencia. Otro que veía las cosas de ese modo era Calderón Collantes, el secretario de Estado de doña Isabel II. Bien informado por el Marqués de la Ribera —ojos acostumbrados a las cosas de México—, comprendió cuál era el fin que se deparaba al experimento imperial. Los compromisos de Francia con España forzaron el reconocimiento del régimen, pero no irían más lejos. Todo lo contrario: conducirse cautelosamente, y cortar "intimidaciones" que pudieran "compro meter a España".³⁷

Así terminaba 1865, sombríamente. En México, la pérdida de la confianza era total, y que nunca se había visto una suspensión de negocios semejante a la que se padecía entonces, fue lo que "personas imparciales" aseguraron al marqués de la Ribera.³⁸ La República se encontraba reducida al último extremo de la miseria, en Paso del Norte, pero era cierto también que los franceses habían ganado todas las batallas sin vencerla. Hasta donde los franceses llegaron en 1865, llegaron, sin ganar después un metro más. Mientras, los llamados "disidentes" no daban su brazo a torcer, ni parecía afectarles siquiera el desconsuelo de la retirada permanente. Más bien ocurría lo contrario: "brotan de las piedras —escribía Jiménez de Sandoval—, sin importarles el crecido número de víctimas que cuentan en sus filas".³⁹

Sólo Fernando Maximiliano no valoraba lo que ocurría

en México, ni menos, por supuesto, lo que pasaba en Washington y en París. Creyó tal vez que el decreto del 3 de octubre pondría fin a los problemas militares, porque así se lo aseguró Bazaine, y cuando llegó a su conocimiento el llamado Golpe de Estado, en Paso del Norte, supuso que si bien Juárez no había abandonado el territorio nacional, quedaría tan desprestigiado en cambio a los ojos de Washington que nada podría salvarlo. Fraguó entonces un silogismo ingenuo, de los que conducen a las conclusiones deseadas: si el señor Juárez había prorrogado sus funciones presidenciales, violando la Constitución que decía defender, y si el Gobierno de los Estados Unidos reclamaba sobre todas las cosas un gobierno respetuoso de sus propias normas de derecho público, ese mismo gobierno no podría continuar reconociendo a un gobierno espúreo, y se vería en la necesidad de tratar con el gobierno imperial. Premisa mayor. Premisa menor. Y conclusión optimista.

Jamás sospechó que a los hombres de Washington pudiera interesar más la doctrina de Monroe que todos los silogismos, y tampoco supuso que Napoleón pudiera conducirse como lo que realmente era.

Se concretó a no pensar, uno de sus hábitos arraigados.

ENERO DE 1866. Washington era un nido de conjeturas junto a su helado Potomac. A bordo de una goleta de guerra, Seward acababa de partir rumbo al Caribe. Oficialmente se explicó el viaje por motivos de salud, pero aquí y allá prosperaban ciertas sospechas, ya que por el soleado mar quedaban México y los franceses; Santa Anna en Saint Thomas, y en Cuba el Capitán General. Matías Romero aprovechó la recepción oficial del día 1^o para meter las narices donde pudo. El ministro de Marina colmó su inquietud, al confirmar que el viaje del secretario de Estado nada tenía que ver con su salud, e igual cosa le dijo el ministro del Interior. El ministro de España fue más lejos, asegurando que Seward llevaba órdenes para que el general Sheridan no hostilizara a los franceses, especie que políticos y funcionarios federales "rechazaron con indignación" después.⁴⁰ Romero no des-

cansaba un momento, y seguía pistas para explicar el misterioso viaje, que por cierto desviaba la atención pública de los acontecimientos importantes: el primer Mensaje anual, que Johnson acababa de pronunciar en el Congreso, y el inminente discurso de Napoleón ante el Cuerpo Legislativo de Francia.

El 4 de enero, finalmente, Romero recibió la visita del ministro de Rusia, que llegaba a comunicarle una nueva versión del viaje. Según el Barón de Stoeckle, Seward había ido a Saint Thomas para pedir a Santa Anna que organizara un gobierno en México, a la salida de Maximiliano, para cuyo fin el gobierno de Washington propondría tanto al Emperador como a Juárez que se retiraran de la lucha, con el objeto de que el antiguo "héroe de Tampico" organizara un gobierno provisional, en tanto se preparaban y consumaban nuevas elecciones.⁴¹

Aunque inexacto en el detalle, acertaba en lo principal el ministro ruso, ya que el viaje del secretario de Estado se había resuelto inesperadamente, al terminar 1865, ante la repentina complicación de la situación mexicana. Los decretos del 8 de noviembre permitieron a Juárez continuar en la presidencia, mas colocaron también a los hombres de Washington bajo el fuego graneado de buena parte de la opinión pública americana, sensible al problema constitucional que de pronto surgía en el vecino país, atizado por la propaganda de González Ortega y sus partidarios. Se hallaban además en un momento complejo, incierto en cuanto a la actitud final de Francia, cuando los acontecimientos de Paso del Norte llegaron a fortalecer la propaganda anti-juarista de franceses, imperialistas y partidarios de González Ortega. Un señor Plumb, que escribía por cuenta de la Legación de México en el *Herald* de Nueva York, "creyó que la publicación del decreto relativo al general Ortega produciría más mal que bien". Y Romero, que compartía su opinión, sólo dio a la publicidad el decreto relativo a la prórroga presidencial de Juárez, y no el que eliminaba a González Ortega, que a juicio del ministro debió dejarse pendiente hasta que el hombre de Zacatecas hubiera tomado

las medidas agresivas que se daban por seguras. "Después de este acto de rebeldía, el decreto habría venido muy bien, y habría sido considerado no sólo conveniente sino necesario". Juárez y Lerdo de Tejada pensaban de otro modo, pero Romero lo atribuía a que se encontraban lejos de Washington. "Si hubieran estado ustedes entonces aquí, habrían pensado como yo, en vista de las circunstancias".⁴² Otro importante periódico de Nueva York —*The News*—, comentaba una semana antes de partir Seward:

Prescripción más clara que ésta (la del artículo 86 de la Constitución) no se podría dar, y de ella resulta claro que es González Ortega y no Juárez el Presidente Constitucional de la República Mexicana, dado el caso de que la tal República exista. En consecuencia, si nuestro Gobierno da algún valor a la Constitución Mexicana, y si nombramos Ministro, debemos acreditarlo cerca de Ortega y no de Juárez. Estas consideraciones fueron discutidas en el Gabinete, en la reunión de ayer. No se negó que Ortega pudiera tener razón, y se cree que se resolvió que, en las actuales circunstancias, no conviene enviar Ministro a la República de México.⁴³

Más independientemente de la estatura política que adquiriría con el apoyo de la opinión pública "constitucionalista" de los Estados Unidos, Jesús González Ortega principiaba a dibujarse también como candidato a Napoleón para el caso, nada remoto, de verse forzado a acceder a *la solución republicana* que Washington exigía. Las recientes notas de Drouyn de Lhuys, buena parte de las cuales se habían dado a la publicidad, dejaban ver que el Emperador de los franceses buscaba una oportunidad para salir de México con decoro, y tanto Johnson como Seward sospechaban que, al abandonar a Maximiliano, y renunciar a la subsistencia del Imperio, Napoleón trataría de implantar una República, encabezada por un presidente que garantizara los intereses comprometidos. Este presidente no podía ser Juárez, por abundantes razones, pero podría ser González Ortega, a quien el de Guelatao eliminó en Paso del Norte a costa de la Constitución, punto en que la opinión pública americana reaccionaba en forma casi unánime y adversa.

Que Napoleón proyectaba salir de la trampa cogido a una solución "republicana", era cosa cierta. En París era del dominio público que en el Consejo de Ministros se hablaba con desenfado de una solución de ese tipo para finiquitar la cuestión mexicana, y don Jesús Terán, que se encontraba en aquella ciudad, sospechaba que la trama partía de la formación de un Partido franco-mexicano, que enarbolará una nueva bandera al partir Maximiliano, y restableciera la República con el mariscal Bazaine como presidente interino. "Así piensan atar las manos y callar la boca a los Estados Unidos", escribía a Matías Romero.⁴⁴ Los nuevos proyectos franceses llegaban a Washington en forma de rumores por lo general, aunque aquí se daba por cierto que no habría transacción sobre esa base, sí en cambio, llegado el caso, tampoco podrían convertir a Juárez en cuestión de honor. Si Napoleón cedía buenamente en punto a la retirada absoluta de sus fuerzas, llevando consigo a Maximiliano, y por supuesto a Bazaine, ellos tal vez tendrían que conceder algo en cuanto a la persona del nuevo Presidente. Sacrificar a Juárez por ejemplo. ¿Y entonces? Entonces tal vez González Ortega, o ¿por qué no? don Antonio López de Santa Anna, el eterno pretendiente. Por lo demás nada se perdía con efectuar sondeos, y en cambio se ganaban algunos buenos días de sol en el Caribe. Unas vacaciones, tan merecidas por el atareado secretario de Estado.

Cierto día ancló un barco de los Estados Unidos en la bahía de Saint Thomas, y de él descendió Seward, que después de presentar sus respetos al gobernador de la Colonia, tomó camino de la casa del famoso desterrado. El jalapeño, según su vieja costumbre, dejó ir la lengua. Habló, como un César, de su sangre vertida en la primera guerra de su patria contra los franceses, y de su pierna amputada en la defensa de Veracruz; de su heroicidad en Tampico, contra los españoles, el 11 de septiembre de 1829, y de haber sido el primero que juró, "sobre las arenas de Veracruz", la "ruina de los tiranos". Seward trató de meter baza en aquel discurso, y le recordó sus viejos sondeos imperialistas, y aún su adhesión pública al Imperio dos años antes, pero Santa Anna salió.

por la tangente, y continuó con el recuerdo de sus hazañas.⁴⁵ Al despedirse, Seward le aseguró que los Estados Unidos jamás reconocerían al Imperio mexicano, y que pronto llegaría la ocasión de poner en práctica nuevamente la doctrina Monroe.⁴⁶ Santa Anna le acompañó hasta el carruaje, y anunció que al día siguiente le pagaría la visita.

Pero a la mañana siguiente, cuando el héroe de Tampico y de San Jacinto llegó a la bahía, el barco había desaparecido. Seward navegaba de regreso, y el 28 de enero se hallaba de nuevo en Washington, donde entre otros impacientes le esperaba Romero, a quien concedió audiencia desde luego. Don Matías no salía de su asombro al ver a Seward ameno y locuaz, todo lo contrario de la actitud que guardó en los días previos al viaje. Más todavía: ahora le daba explicaciones sobre su visita a Saint Thomas, que atribuyó a motivos de salud, aunque accidentalmente vio a Santa Anna, en cuya casa estuvo, por parecerle poco noble "no atender la invitación de un antiguo enemigo de los Estados Unidos". El secretario de Estado agregó, para terminar, que el antiguo prisionero de San Jacinto le produjo la impresión de ser "un hombre de muy buen entendimiento, de voluntad muy firme, y de buenas dotes para ser jefe de partido".⁴⁷ Aquí apostilló Matías Romero:

Creo que por engañado que esté Mr. Seward respecto de los méritos y cualidades de Santa Anna, no lo estará tanto como antes de verlo. Si realmente creyó que podría ser el hombre para la situación, me parece que habrá tenido motivo para cambiar de opinión.⁴⁸

Y así era: Seward había mudado de ideas, y sabía que no podía pensar en un "tercer hombre" como solución para México. El lugar de Santa Anna estaba en un museo, no en la Presidencia de una República puesta al día. Juárez y Maximiliano eran figuras vigentes por lo menos, que representaban principios actuales, enemigos y batalladores. Ahora quedaba solamente llevar a la práctica las ideas que Mr. Johnson sustentó en su primer mensaje presidencial, que eran por supuesto las del secretario de Estado: Los Es-

tados Unidos, que no interferían cuando las potencias escogían sus dinastías y sistemas de gobierno, esperaban ser acreedores de una consideración igual cuando los intereses continentales americanos andaban de por medio. "Consideraríamos una gran calamidad para nosotros, para la causa del buen gobierno y para la paz del mundo, dijo Johnson al terminar su mensaje, que alguna potencia europea desafiara al pueblo americano, obligándolo, en cierto modo, a la defensa de los principios republicanos contra la intervención extranjera".⁴⁹

Ahora, en cuanto a quién fuera el Presidente de la República que Johnson defendía tan ardorosamente, tampoco era ya motivo de discusión. No podía pensarse en Santa Anna, ni por otros motivos en González Ortega, eliminado de un plumazo en Paso del Norte, el 8 de noviembre de 1865, sin que un solo mexicano disparara un tiro en defensa de su causa. Quedaba Juárez solamente.

El hombre de Guelatao había ganado la partida.

EN PARÍS AL TERMINAR EL AÑO DE 1865, corrían rumores en el sentido de que, en su próxima aparición ante el Cuerpo Legislativo, el Emperador anunciaría el regreso del Cuerpo Expedicionario. Las noticias y versiones fueron copiosas de seguro, ya José Manuel Hidalgo las comunicó personalmente a Maximiliano a mediados de enero, y en Washington las daban por ciertas. Cuando Romero visitó a Mr. Summer, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, éste le aseguró que a principios de enero anunciaría Napoleón el regreso del Cuerpo Expedicionario, y agregó que, mientras tanto, no era conveniente adoptar medidas que pudieran modificar, en sentido adverso, la conducta inminente del emperador de los franceses.⁵⁰

El 9 de enero efectivamente, confirmando las sospechas que corrían en Washington, París y México, Drouyn de Lhuys envió una nota al ministro de Francia en los Estados Unidos, destinada a preparar el campo. Aquí decía el ministro de Negocios extranjeros que la divergencia entre los dos gobiernos nacía de una apreciación errónea de las intenciones de

Francia, nunca hostiles “a las instituciones del Nuevo Mundo, y menos aún a las de Estados Unidos”, como lo probaba la ayuda en hombres y dinero que Francia les prestó durante su guerra de Independencia; la invitación que en noviembre de 1861 se les hizo para que se sumaran a la expedición contra México, y finalmente la neutralidad que la misma Francia guardó durante la contienda civil.⁵¹ Ciertamente que en México se encontraba instalado un Imperio, mas no estaba allí porque el ejército francés hubiera “llevado las tradiciones monárquicas en los pliegues de su bandera”, sino por la existencia, en el país, de un “partido poderoso” cuyo origen era “muy anterior” a la expedición. Francia no tenía por qué cargar con responsabilidades en punto a la decisión del pueblo mexicano, que llamó al emperador Maximiliano. Por lo demás, como no envió su expedición a México “para hacer proselitismo monárquico” sino para obtener reparaciones, sonaba la hora de “aproximar, en todo lo posible”, el momento de retirarse “con seguridad para nuestros nacionales, y con dignidad para nosotros mismos”.⁵²

En forma cada vez más definida, Luis Napoleón buscaba escapatoria al callejón que parecía no tenerla, pero en el astuto secretario de Estado no encontraron eco los argumentos “a la française”, y el 12 de febrero, en una nota extensísima, que es también uno de los documentos diplomáticos más importantes en la historia del Imperio mexicano, respondió a Drouyn de Lhuys. Seward no deseaba convertirse en Juez, y como tal analizar los motivos que originaron la guerra entre Francia y México, ya que sólo le competía hablar de esa guerra “hasta el punto en que nos afecta, por cuanto trasciende a nuestros intereses”, y a las instituciones americanas en este continente. Contra esas instituciones e intereses se había levantado un trono en México, y en él, apoyado por armas extranjeras, se instaló un monarca, extranjero también. De aquí resultó que, independientemente de que las primitivas miras de la expedición francesa no hubieran sido “abandonadas ni olvidadas” —se refería Seward a las reclamaciones económicas—, su importancia vino a menos sin embargo, hasta quedar subordinadas “a una revolución

política que ciertamente no hubiera ocurrido sin la violenta Intervención francesa”:

Los Estados Unidos no han encontrado prueba alguna satisfactoria de que el pueblo haya manifestado su voluntad, creando o aceptando el llamado Imperio, que se pretende haber sido establecido por él en la Capital. Los Estados Unidos opinan que semejante aceptación no pudo prestarse libremente, ni solicitarse con lealtad, en ninguna circunstancia, hallándose presente el ejército invasor, y creen que la retirada de las tropas francesas es indispensable para que tenga lugar semejante manifestación de parte de los mexicanos... Los Estados Unidos reconocen, y es preciso que continúen reconociendo en México, solamente la antigua República... Así es que, con razón o sin ella, la presencia en México de ejércitos europeos, que sostienen a un príncipe de Europa con atributos imperiales, sin el consentimiento del pueblo y contra su voluntad, se considera fuente de temores y peligros no sólo para los Estados Unidos, sino también para todos los estados independientes y soberanos, fundados en el Continente americano y en sus islas adyacentes... Igoro si podemos esperar que Francia acepte este modo de ver las cosas, mas sea de ello lo que fuere, reproducimos el principio de que ninguna nación extranjera tiene derecho a intervenir en esos ensayos de México, y bajo el pretexto de querer corregir sus errores, privar a su pueblo de su derecho natural a una libertad republicana e independiente.⁵³

Y para cortar en definitiva, y de raíz, la esperanza napoleónica de canjear la retirada del Cuerpo Expedicionario por el reconocimiento del Imperio, Seward puntualizó:

Sería poco noble, de parte de los Estados Unidos, suponer que, al hablar de arreglos preliminares, el Emperador se propone dejar establecidas en México, antes de retirar sus fuerzas, las instituciones que han sido precisamente el motivo grave de que los mismos Estados Unidos hayan objetado la intervención francesa. Sería aún más irregular suponer que, por un momento, los Estados Unidos podrían consentir o tolerar, aunque fuera indirectamente, el establecimiento de tan odiosas instituciones.⁵⁴

El 5 de abril contestó Drouyn de Lhuys la nota del secretario de Estado. Texto breve, prueba hasta dónde se cogía Napoleón de un clavo ardiendo, ya que le bastó leer en la nota de Seward que los Estados Unidos mantendrían su política tradicional de No-intervención, para entender que allí

se le abría la escapatória que buscaba. Le bastó la declaración de Seward en el sentido de que el gobierno de los Estados Unidos se había apegado en el curso de su historia, y se apegaría en lo futuro a esa regla de conducta, para contestar que su gobierno recibía *“con entera confianza esa seguridad”*, y encontraba en ella *“una garantía suficiente para no diferir ya por más tiempo la adopción de medidas que tengan por objeto disponer el regreso de nuestro ejército”*

El Emperador —concluía la nota— ha resucito que las tropas francesas evacuarán en tres porciones: la primera, debe partir en el mes de noviembre de 1866; la segunda en marzo de 1867, y la tercera en el mes de noviembre del mismo año.⁵⁵

Era lo mismo, palabra más menos, que Napoleón anunció el 22 de enero, al comparecer ante el Cuerpo Legislativo:

El Gobierno fundado por la voluntad del pueblo de México se consolida —dijo—. Vencidos y dispersos los disidentes, no tienen ya jefe. Las tropas nacionales han demostrado su valor, y el país ha encontrado las garantías de orden y seguridad necesarias para el desarrollo de sus recursos y el incremento de su comercio, que ha ascendido de veinticinco a sesenta y siete millones, con Francia solamente.

Como me prometía el año anterior, nuestra expedición toca a su fin. Estoy en tratos con el emperador Maximiliano para fijar la salida de nuestras tropas, a fin de que su regreso se verifique sin comprometer los intereses franceses que hemos ido a defender en aquel lejano país...⁵⁶

Independientemente de su habilidad para hilvanar tal número de insensateces en tan pocas líneas, era cierto que Napoleón tenía miedo, mucho miedo, y que estaba resuelto a salir del embrollo de cualquier modo. ¿Que los Estados Unidos ratificaban su política de No-intervención? Magnífico, eso bastaba. Para ese fin, durante cinco años, Francia invirtió en la empresa sangre y millones: para obtener de Seward una declaración, en el sentido de que los Estados Unidos permanecerían fieles a la norma de No-intervención que les trazó el señor Jorge Washington, padre de su independencia.

En la capital americana, el mensaje de Johnson y el discurso de Napoleón produjeron desconuelo en Matías Romero, quien por lo visto esperaba una declaración de guerra a Francia de parte del Presidente, o que el Emperador de los franceses anunciara la evacuación para hora fija del siguiente día. Algo menos insatisfecho se encontraba Juárez en Paso del Norte: "Por lo contrario, a mí me sorprendió agradablemente lo que dijo (Mr. Jhonson), porque yo poco o nada me esperaba. Yo nunca me he hecho ilusiones respecto del auxilio abierto que pueda darnos esa nación. Yo sé que los ricos y los poderosos ni sienten, ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres".⁵⁷ Y en abril, cuando bajo los efectos de la nota americana del 12 de febrero Napoleón doblaba las manos definitivamente y comunicaba a Washington las fechas de la evacuación de México, volvía D. Benito a las andadas: "Yo no me llevo chasco, porque hace mucho, muchísimo tiempo, que tengo la convicción de que de ese gobierno no hemos de recibir ningún auxilio directo en fuerzas ni en dinero".⁵⁸

Para Juárez, por lo visto, el único auxilio digno de consideración consistía en dólares y en soldados, pensando tal vez en una intromisión de los barcos de guerra de los Estados Unidos, como la de marzo de 1860 en Antón Lizardo, donde le aseguraron el triunfo en la guerra de Reforma. Ahora "no se hacía ilusiones" aunque por otro lado actuaba como si se las hiciera, ya que en ningún momento frenó los trabajos de Romero por obtener la colaboración armada de los Estados Unidos, y tanto insistió Matías en el auxilio militar, que el secretario de Estado, hasta la coronilla del oaxaqueño, se vio en el caso de puntualizar los riesgos:

Trató también de manifestarse Mr. Seward —escribió Romero a Lerdo de Tejada—, que a México mismo convenía que los Estados Unidos no le den auxilio ninguno físico, y que sólo cuente con el moral que ha tenido hasta aquí. Dijo que estaba seguro que si un ejército de los Estados Unidos iba a México nunca regresaría: que sí era fácil arrojar a los franceses de nuestro país; pero que sería imposible arrojar a los yankees: que medio millón de pesos que el Gobierno de los Estados Unidos nos prestara ahora, nos

costaría después un Estado, y por cada arma que nos diera en estas circunstancias tendríamos que pagar con un acre de tierra mineral.⁵⁹

En tremenda paradoja, nuevamente los yanquis velaban por nosotros. Como cuando el Senado rechazó el tratado McLane-Ocampo, en 1860. Como cuando rechazó el Tratado Corwin-Doblado, en 1862. Juárez, por aquello de que “los ricos y los poderosos ni sienten, ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres”, había perdido las ilusiones de recibir “auxilio directo en fuerzas o dinero”, pero así y todo su ministro en Washington, más tozudo que su paisano, sólo cejó cuando Mr. Seward le advirtió las consecuencias. Efectivamente, una vez que los americanos expulsaran de México a los franceses ¿quién les expulsaría a ellos? Era un riesgo que no se habían planteado, por lo visto, ni Romero ni Juárez.

Sorprende que el Benemérito de las Américas, recién elevado a esa dignidad, estimara sólo el auxilio en dólares y soldados, cuando otras ayudas eran más valiosas. Washington no había cedido un instante en su reclamación de que las fuerzas francesas abandonaran México, y Juárez jugaba a la gallina ciega cuando, en abril de 1866, negaba que el gobierno de los Estados Unidos hubiera exigido a Napoleón que retirara sus fuerzas “en mayo”.⁶⁰ Es posible que “en mayo” no, pero él sabía que Washington exigía la evacuación del Cuerpo Expedicionario de tiempo atrás, y *permanentemente*. Por último, al terminar el conflicto, y ante las evidencias incontestables, Juárez reconoció el “apoyo moral” de los Estados Unidos, y lo hizo como quien concede una migaja. Aunque el “apoyo moral” hubiera consistido en cinco años de presión incesante sobre Napoleón, que culminó con las notas del 6 de diciembre de 1865 y del 12 de febrero de 1866.

Con estas notas, verdaderos medios de apremio, culminó el “apoyo moral” de Washington a la causa de la República. Las contestó Napoleón el 9 de abril, fijando la forma y fechas de la evacuación del Cuerpo francés expedicionario.

NOTAS

1 William H. Dayton a William H. Seward, París, 27 de septiembre de 1861, desp. 51, en *The Present Condition of Mexico*, House of Representatives; 37th Congress, 2d Session; Ex. Doc. N^o 100, p. 49.

2 Carl Schurz a William H. Seward, Madrid, 9 de octubre de 1861, desp. 27, en *op. cit.* supra, p. 223, edic. cit.

3 Artículo Cuarto de la Convención. Su texto integro en francés e inglés, en *op. cit.* supra, p. 135

4 William H. Seward a Gabriel G. Tassara, Henri Mercier y Lord Lyons, Washington, 4 de diciembre de 1861, en *op. cit.* supra, p. 188, edic. cit.

5 William H. Seward al ministro de los Estados Unidos en Francia, Washington, 3 de marzo de 1862, desp. 121, en *op. cit.* supra, p. 188, edic. cit.

6 José FUENTES MARES, *Juárez y la Intervención*, Cap. III, p. 128 México, 1962.

7 Napoleón III al general Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862 en Genaro GARCÍA, *Documentos Inéditos o muy raros para la Historia de México*, t. XIV, pp. 9 y ss. México, 1907.

8 John Slidell al Ministro de Negocios Extranjeros; París, 21 de julio de 1862, en James D. RICHARDSON, *Messages and Papers of the Confederacy*, t. II, p. 283, Nashville, 1906.

9 A. Dudley Mann a Judah P. Benjamin, Bruselas, 13 de marzo de 1862, desp. 41, en *op. cit.* supra, t. II, p. 436, edic. cit.

10 A Dudley Mann a Judah P. Benjamin, Bruselas, 8 de mayo de 1863, desp. 45, en *op. cit.* supra, t. n. p. 480, edic. cit.

11 J. M. Mason a Judah P. Benjamin, Londres, 4 de septiembre de 1863 desp. 44, en *op. cit.* supra, t. II, p. 557, edic. cit.

12 Instrucciones del secretario de Estado Judah P. Benjamin al general William Preston para su misión en México, Richmond, 7 de enero de 1864, en *op. cit.* supra, t. II, pp. 611 y ss. edic. cit.

13 *Op. cit.*, *loc. cit.* supra.

14 John Slidell a Judah P. Benjamin, París, 16 de marzo de 1864, desp. 40, en *op. cit.* supra, t. n, p. 654, edic. cit.

15 *Op. cit.*, *loc. cit.* supra.

16 Judah P. Benjamin a William H. Preston, Richmond, 20 de junio de 1864, desp. 6, en *op. cit.* supra, t. II, p. 650, edic. cit.

17 *Op. cit.*, *loc. cit.* supra.

18 Judah P. Benjamin a John Slidell, Richmond, 23 de junio de 1864 desp. 40, en *op. cit.* supra, t. II, p. 564, edic. cit.

19 Judah P. Benjamin a John Slidell, Richmond, 27 de diciembre de 1864, en *op. cit.* supra, t. n, p. 695, edic. cit.

20 Sobre las gestiones para acomodar en México a los sudistas derro-

tados, unos en tierras por colonizar, y otros en el ejército: Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros. Nota muy reservada; México, 11 de junio de 1865, en *Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Fonds: Mexique*, vol. 63, ff. 342-352. En lo sucesivo designaremos este archivo bajo la sigla AMAE.

²¹ *Op. cit., loc. cit. supra.*

²² *Op. cit., loc. cit. supra.*

²³ *Op. cit., loc. cit. supra.*

²⁴ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 29 de junio de 1865, en *op. cit. supra*, vol. 63, *in fine*, ff. 405-411.

²⁵ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros. Nota confidencial, México, 11 de agosto de 1865, en *op. cit. supra*, vol. 64, ff. 98-101.

²⁶⁻²⁷ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México.

²⁸ Drouyn de Lhuys al marqués de Montholon. Reservada. París, 18 de octubre de 1865, en *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención francesa*, t. vu, edic. cit. En lo sucesivo mencionaremos esta obra bajo la sigla CLMW.

²⁹ *Op. cit., loc. cit. supra.*

³⁰ Mariscal Bazaine al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 2 de enero de 1866, en AMAE, *Fonds: Mexique*, vol. 65, ff. 450-455.

³¹ William H. Seward al marqués de Montholon, Washington, 6 de diciembre de 1865, en CLMW, t. vu, p. 31, edic. cit.

³² *Op. cit., loc. cit. supra.*

³³ William H. Seward a Mr. Bigelow, Ministro en Francia, Washington, noviembre 3 de 1865, en *op. cit. supra*, t. vu, p. 99, edic. cit.

³⁴ William H. Seward a Mr. Bigelow, Washington, 30 de noviembre de 1865, en Niceto de ZAMACOIS, *Historia de México*, t. XVIII, cap. v, p. 262, México-Barcelona, 1885. Seward dijo a Romero que los Estados Unidos sentían "profundamente" la muerte de esos "bravos campeones de la causa de la libertad", y reprobaban ese sistema de hacer la guerra, que "tan mal se avenía" con la tesis de las "naciones civilizadas". William H. Seward a Matías Romero, Washington, 14 de marzo de 1866, en CLMW, N° 187, p. 288, edic. cit.

³⁵ Bigelow a William H. Seward, París, 30 de noviembre de 1865 en *op. cit. supra*, p. 99, edic. cit.

³⁶ Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 6 de enero de 1866, en *op. cit. supra*, p. 8, edic. cit.

³⁷ Saturnino Calderón Collantes a J. Jiménez de Sandoval, Real Orden, San Ildefonso, 3 de noviembre de 1865, en Archivo de la Legación de España en México, caja 116, leg. 1. En lo sucesivo este archivo se mencionará bajo la sigla ALE.

³⁸ J. Jiménez de Sandoval a S. Calderón Collantes, México, 28 de agosto de 1865, en *op. cit. supra*, desp. 98, caja 117.

³⁹ J. Jiménez de Sandoval a S. Calderón Collantes, México, 9 de enero de 1866, en *op. cit. supra*, desp. 5, caja 144.

40 Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 1º de enero de 1866, en CLMW, desp. 1, p. 2, edic. cit.

41 Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 4 de enero de 1866, en *op. cit.* supra, desp. 5, p. 5, edic. cit.

42 Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 2 de marzo de 1866, en *op. cit.* supra, desp. 149, p. 225, edic. cit.

43 Alejandro VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, *El Golpe de Estado de Paso del Norte*, cap. xvii, p. 217, México, Jus, 1962.

44 Jesús Terán a Matías Romero, París, 19 de febrero de 1866, en CLMW, desp. 66, p. 265, edic. cit.

45 José FUENTES MARES, *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*, cap. x, pp. 360 y ss 2ª edición, México, Jus, 1959.

46 Antonio López de Santa Anna al coronel Manuel M. Jiménez, San Thomas, 15 de enero de 1865, en Genaro GARCÍA, *op. cit.* supra, t. XIII, p. 127, edic. cit.

47 Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 1º de febrero de 1866, en CLMW, desp. 76, p. 90, edic. cit.

48 *Op. cit.*, *loc. cit.* supra.

49 El Mensaje del Presidente Johnson, en Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 5 de febrero de 1866, *op. cit.* supra, desp. 80, p. 96, edic. cit.

50 Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 11 de enero de 1866, en *op. cit.* supra, desp. 26, p. 26, edic. cit.

51 La nota de Drouyn de Lhuys al marqués de Montholon se encuentra en Niceto de ZAMACOIS, *op. cit.* supra, t. xviii, pp. 57-361, edic. cit. también la sintetiza Seward en su nota al ministro de Francia del 12 de febrero de 1866, en CLMW, p. 496, edic. cit.

52 *Op. cit.*, *loc. cit.* supra.

53 William H. Seward al Ministro de Negocios Extranjeros, Washington, 12 de febrero de 1866, en CLMW, pp. 496-506, edic. cit.

54 *Op. cit.*, *loc. cit.* supra.

55 Drouyn de Lhuys al marqués de Montholon, París, 5 de abril de 1866, en *op. cit.* supra, p. 506, edic. cit.

56 Niceto de ZAMACOIS, *op. cit.* supra, t. xviii, p. 362, edic. cit., también doc. 102, de CLMW, p. 146, edic. cit.

57 Benito Juárez a Pedro Santacilia, Paso del Norte, 19 de enero de 1866, en *Epistolario de Benito Juárez*, p. 348. Prólogo y notas de Jorge L. Tamayo, México, 1957.

58 Benito Juárez a Pedro Santacilia, Paso del Norte, 13 de abril de 1866, en *op. cit.* supra, p. 354, edic. cit.

59 Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 6 de abril de 1866, en CLMW, doc. 266 pp. 384-385, edic. cit.

60 Benito Juárez a Berardo Revilla, Paso del Norte, 24 de abril de 1866, en *Epistolario*, p. 357, edic. cit.